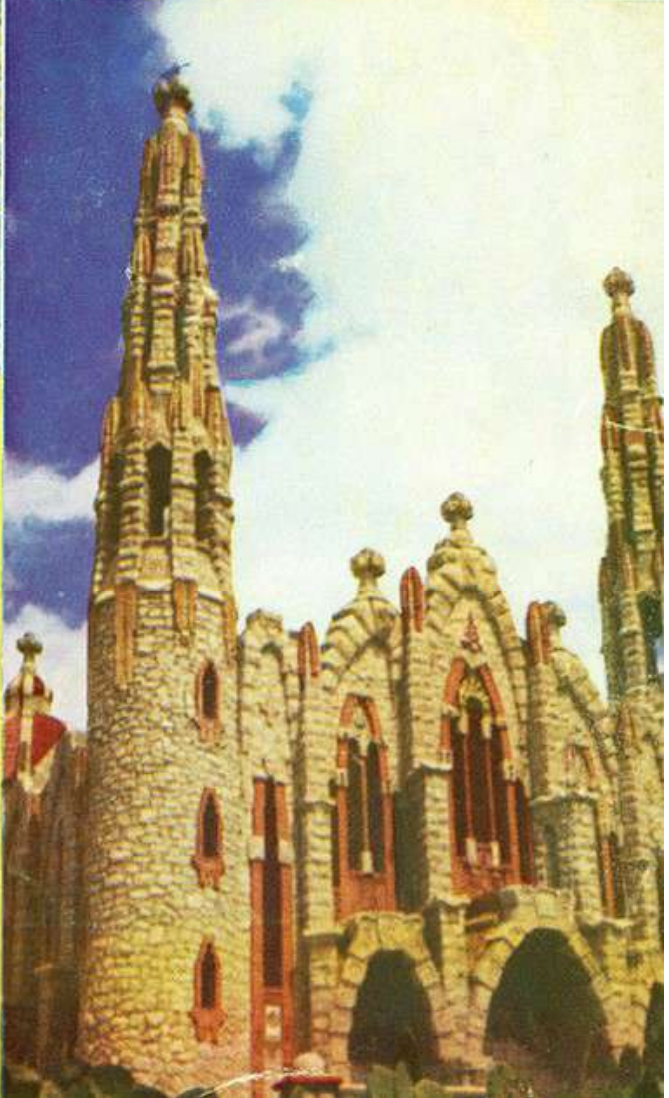
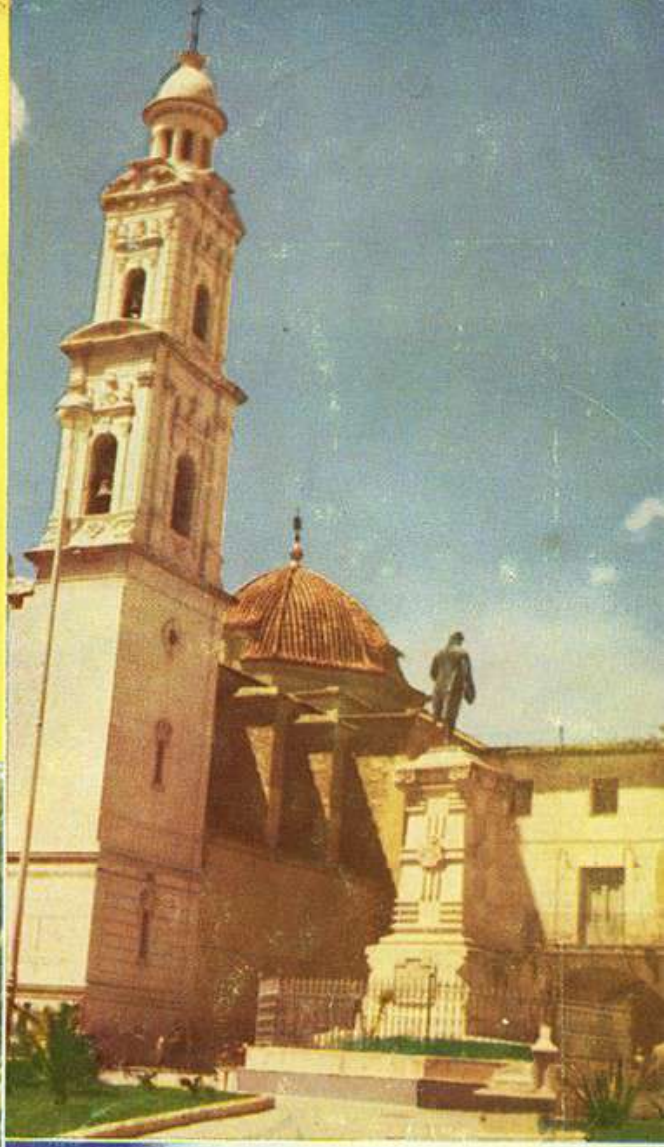


# Betania

REVISTA  
DE LAS  
FIESTAS DE  
NOVELDA

963



# Novelda y los Marqueses de La Romana

Por José María García García

Hacia la mitad oeste de la Glorieta del Generalísimo arranca una calle en cuyo rótulo se lee, «General Marqués de La Romana». Inician la misma, aunque por azares de numeración no pertenezcan a ella, por la derecha el edificio donde está instalado el Banco Español de Crédito, por la izquierda el del teatro María Guerrero. No pretendo hacer un estudio exhaustivo sobre las distintas personas que sugiere tal nombre; simplemente apuntar unas sucintas notas biográficas de algunas de ellas que puedan servir de telón de fondo a una evocación de un Novelda pretérito que va perdiéndose entre celajes de una neblina brumosa.

El título de Marqués de La Romana se concede por primera vez, a don José Caro Roca, que se había distinguido en la Guerra de Sucesión defendiendo los derechos de Felipe V frente a los del Archiduque Carlos, pretendiente de la Casa de Austria; era el 1739, pero él llevaba aquí bastante tiempo, bien porque el título de Señor del Castillo de la Mola que tenía con anterioridad así lo requiriese o por ejercer funciones de importancia por estas comarcas. En efecto, aquí en Novelda nace su hijo, el segundo Marqués de La Romana, Pedro Caro y Maza de Lizana. Fue marino, militar y arquitecto, ingresó en la Academia Naval de San Fernando en 1733 donde si no llegó a coincidir con nuestro ilustre paisano Jorge Juan, que a la sazón tenía veinte años, haría poco que la había abandonado. Fue un buen cartógrafo de su tiempo, desempeñó cargos de relevante importancia y murió al frente de tropas españolas en acción de guerra en Argel en julio de 1775. A su hijo, tercer Marqués, Pedro Caro y Sureda, marino y militar como él, las circunstancias le proporcionan el marco adecuado para

que pueda entrar por derecho propio y con paso firme en la Historia Grande. Por esas calendas, Napoleón como estrategia genial e impulsor de un orden nuevo se enseñorea y va camino de apoderarse de Europa; los españoles, como aliados suyos, tenemos una brigada de quince mil hombres que opera a su lado a las órdenes directas del tercer Marqués de La Romana; reconoce éste y acata, como oficialmente se hace, al rey intruso José Bonaparte, pero cuando en el 2 de mayo los españoles se levantan en armas contra los franceses que arteramente tratan de apoderarse de España, el general trata de zafarse de las garras napoleónicas, y con arrojo, pericia y patriotismo logra conseguirlo embarcando, con las tropas que puede reunir, en Dinamarca rumbo a España, donde consigue llegar prosiguiendo aquí hasta el final la guerra implacable y sangrienta contra las huestes invasoras del Corso.

A cualquiera de los tres puede aplicarse con sobrados motivos la rotulación de la calle. El primero es el fundador del Marquesado; el segundo, a sus brillantes cualidades une la de haber nacido en Novelda; el tercero tuvo una actuación más fulgurante y espectacular; pero los tres se hallan estrechamente vinculados a nuestra ciudad.

El bloque de casas que se halla circundado por las hoy llamadas Plaza del Imperio, calle Viriato, la que motiva este trabajo y la calle Mesón constituye lo que fue palacio de los Marqueses de La Romana. Por esta época el título no era un simple nombramiento o un ostentoso pergamino. Llevaba anejo el mando de tropa y el ejercicio de jurisdicción y autoridad sobre un determinado territorio. España no se hallaba dividida en provincias como lo estaría más adelante, ni existía el ejército forzoso que se im-

plantaría cien años después en pleno fragor de la primera guerra carlista; de ahí que no ha de extrañarnos sus dimensiones colosales, ya que sería un poco cuartel, audiencia, centro administrativo y residencia particular.

Todo nos hace suponer que en la estructura externa en que ha llegado hasta nosotros fuese levantado a principios del siglo XVIII por uno de los dos primeros marqueses. Por tradición oral llegada hasta la generación actual sabemos que se podían pasear en carroza por encima de una terraza que en lo alto, en parte lo circundaba. Dadas las dimensiones no nos parece ningún disparate que por medio de una rampa suave pudiesen ascender hasta tal altura y ha sido necesario que pasasen sobre dos siglos y medio para que en Novelda se levantasen edificios que atendiendo a esa dimensión puedan tímidamente equipararsele.

Estos personajes nos resultan atrayentes, aparte su valía personal, porque marcan una época en la historia del desarrollo urbano de nuestra ciudad. El Novelda anterior a ellos, el antiguo, parece reñido a muerte con la Geometría, no vemos en sus calles una línea recta prolongada ni una curva perfecta ni por una apuesta, la anarquía más estrafalaria parecía ser la norma que regía en la edificación; sin embargo, todo tiene su explicación: épocas inseguras, delimitaciones fluctuantes. La falta de seguridad y la desconfianza en vecinos próximos o lejanos les hacía sentirse más dueños de sí cuando menos salidas abiertas tuviesen al exterior, cuando más angostas y tortuosas fuesen las calles, cuando más entrantes y salientes presentasen; en estas circunstancias no podía sentirse muy confiado y tranquilo cualquier intruso que se adentrase en ellas con fines poco amistosos y pacíficos.

El barrio de San Roque tiene otro estilo de edificación, marca con meridiana nitidez otra época. Calles rectas, las que sirven de comunicación con el exterior son amplias, espaciosas, abiertas. Se ve que hay seguridad y confianza y que los que orientaron su trazado tenían perspectivas de futuro, pues a pesar del tiempo transcurrido y del aumento de circu-

lación experimentado en estos últimos tiempos cumplen bien su cometido; no se puede decir lo mismo de otras de trazado más moderno y reciente.

Nos inclinamos a creer que el origen del barrio de San Roque como tal, no debe rebasar las primeras décadas del siglo dieciocho. Conviene aclarar que La Romana era una aldea de Novelda que muchos de los noveldenses de hoy han conocido proclamar municipio independiente. Otro punto es que no hace más de ochenta años, entre el barrio de San Roque y Novelda mediaba el espacio verde que va entre las calles Viriato y Cuatro Mártires, constituido por feraces huertos de frutales; las gentes que rebasan aquella edad pueden dar fe de ello. A simple vista se nota hoy la impronta de que estamos ante el Novelda moderno.

El quinto Marqués de La Romana don Pedro Maza de Lizana Cornel, último que para nuestro propósito nos interesa, lo vemos como representante en Cortes, en Madrid, después de la revolución del sesenta y nueve que destronó a Isabel II. El Carlismo, que dormitaba en sueño letárgico después de múltiples intentonas, encuentra su momento oportuno y se agita para volver de nuevo a la carga, y no le faltan amplios apoyos populares, cansada la gente de tanto ensayismo, mediocridad y desgobierno; entre los importantes que siguen la Causa está este vástago de aquellos denodados españolistas luchadores que fueron sus antecesores, y al estallar la guerra lo veremos de Embajador de don Carlos en la Corte de Viena. El Carlismo, en esta ocasión como en las precedentes, no pudo lograr su objetivo y el V Marqués de La Romana pasaría a ser un proscrito, un exilado como hoy decimos. Esto aclara lo que oímos de familiares nuestros, que habían conocido en su infancia el palacio de los Marqueses completamente abandonado sirviendo de refugio a transeúntes, buhoneros y gitanos.

Después... lo de siempre: se incautarían de sus bienes particulares o tendrían que malvenderlos, y esta familia se desconecta completamente de Novelda. Y con ello hacemos punto final.